
El hombre en un dilema

Matevž Kos

La novela *El hombre a ambos lados de la pared*, de Zorko Simčič, salió por primera vez en 1957. Eso no ocurrió en Eslovenia -la patria del autor que formó parte del Reino de Yugoslavia hasta 1941, y, después de 1945, cuando los comunistas tomaron el poder, se convirtió en una de las repúblicas de la Yugoslavia socialista federal-, sino en Buenos Aires, Argentina. La obra no fue escrita en español -la lengua de Simčič en su “patria sustitutiva” (el autor vivió en Argentina entre 1948 y 1994)-, sino en esloveno, su lengua materna.

Este dato tan simple -pero significativo- exige dedicar unas líneas al contexto extraliterario. Éste no es esencial para entender la trama de la novela, su estructura y sus estrategias narrativas, pero para un lector extranjero que lea por primera vez una obra de Simčič y para el que la literatura y la historia eslovena hayan sido hasta ahora tan lejanas y desconocidas como un “pueblo español”, como se dice en esloveno, dicha contextualización puede desvelar al menos alguno de los fondos que de una u otra forma se reflejan en la novela *El hombre a ambos lados de la pared* de Simčič. El lector se dará cuenta antes o después de que los acontecimientos históricos -el curso trágico de la historia europea y mundial del Siglo XX- cambian de manera fatal el camino de la vida de su protagonista. Hace falta añadir, de inmediato, que la historia también ha influido de una manera tajante en el camino de la vida -del exilio- del propio Zorko Simčič y también en la recepción de su obra literaria. Sobre todo en el hecho de que, durante décadas después de la Segunda Guerra Mundial, ninguno de los libros del autor podía publicarse en Eslovenia y el autor era *persona non grata*. Así, *El hombre a ambos lados de la pared* apareció en su país de nacimiento tan sólo en el año 1991, es decir, después de que Eslovenia ganara la independencia y se convirtiera en un estado democrático.

Más tarde, la obra se reeditó varias veces y, pronto, el autor también recibió por ella un prestigioso premio literario. El autor siguió el destino de su libro: después de medio siglo de vida en el exilio, Zorko Simčič visitó por vez primera Eslovenia en 1993. Un año más tarde volvió a su país. Hoy, veinte años más tarde, sus textos forman parte del canon de la literatura eslovena contemporánea y Simčič es uno de los autores más destacados de Eslovenia. En el año 2013, Simčič recibió el premio Prešeren, el galardón más alto de las artes de la República de Eslovenia, por su obra literaria completa.

Zorko Simčič y sus libros han sido durante muchas décadas - por lo menos con respecto a la recepción en su país de nacimiento- condenados a la inexistencia, o sea, al silencio. Ese no sólo ha sido el destino de Simčič, sino también el de muchos otros “autores emigrantes”, creadores de aquellos países de Europa Central y del Este que, después de terminar la Segunda Guerra Mundial, es decir después de la toma del poder comunista, se convirtieron en “desplazados” que tuvieron que buscar refugio, su otra patria, en distintas partes de Europa, América Norte y Sur y hasta en Australia. La historia que cuenta *El hombre a ambos lados de la pared* -al menos a un nivel “externo”- es precisamente eso: la historia de uno de los numerosos fugitivos políticos. Como cualquier relato de fugitivos, esta historia también tiene su prehistoria y su contexto exterior. La novela - que de hecho no tiene una forma clásica en la los acontecimientos se narren y se desarrollen de manera lineal- no despliega todo esto de modo explícito, pero, sin embargo, contiene suficientes fragmentos elocuentes y guiños por los cuales es posible averiguar de dónde y por qué surge nuestro héroe: “Soy esloveno”, dice expresamente en una ocasión. Lo declara una conversación con un compatriota recién llegado de Eslovenia con el cual se encuentra en Buenos Aires, pero añade acto seguido que “a pesar hablar la misma lengua” no se entienden.

¿Dónde están las causas de esa *incomprensión*? Entre otros factores en la división de los eslovenos durante la guerra; dicha división tiene profundas raíces que remontan hasta las últimas décadas del siglo XIX, en la llamada época de la “lucha cultural”, antagonismo entre los “clericales” y los “liberales”, que luego llegó a ser una constante también de la historia eslovena contemporánea. Alcanzó su punto álgido -y trágico- durante la Segunda Guerra Mundial y la Revolución.

Los años de la Guerra, 1941-1945, en muchos aspectos han sido específicos en Eslovenia: para un observador alejado y externo, y también para más de uno que otro esloveno, sigue siendo una época aún difícil de entender. Se trata de una época que sigue creando, aun después de siete décadas, divisiones entre los eslovenos y ni siquiera los historiadores han llegado a articular un juicio homogéneo y consensuado. De ahí también el punto de vista que aparece con frecuencia en el debate público esloveno actual: los antagonismos sociales e ideológicos de esos años, entre 1941 y 1945, siguen vigentes o siguen sin solucionarse. Aunque, parafraseando a Simčič, hablemos la misma lengua.

La complejidad de aquella época, que, finalmente, forzó tanto al propio Simčič como a su *hombre* a huir al extranjero, a pasar de un lado al otro de la pared, podría resumirse de una manera brevísima con una afirmación de que, durante la Segunda Guerra Mundial, en Eslovenia se dio un conflicto de “procesos”. Desde 1941, Eslovenia fue ocupada y su territorio dividido entre los invasores alemanes, italianos y húngaros. La ocupación originó diversos grupos ilegales y un movimiento de resistencia. El Partido Comunista, que en la resistencia contra los invasores, es decir en condiciones de guerra, vio también, siguiendo el ejemplo de los bolcheviques rusos, la posibilidad de realizar una revolución comunista y, con ello, de tomar el poder después de la guerra, se encargó de la gobernación de dicho movimiento y, pronto, lo monopolizó. La violencia revolucionaria contra el “enemigo de clase” que formaba parte de la otra cara de la resistencia armada –partisana– contra los invasores italianos y alemanes originó pronto la formación de fuerzas contrarrevolucionarias. Al principio dentro del marco de las llamadas guardias aldeanas y después de la capitulación de Italia en 1943 dentro del movimiento esloveno de los llamados defensores del hogar, fuerza militar organizada, que fue obligada en autodefensa a colaborar con los alemanes pues sólo así podía conseguir las armas y el apoyo material. Esa colaboración con los invasores alemanes fue objeto de controversias, fue más una necesidad trágica que una elección libre – al fin y al cabo, a lo largo de la historia la lucha de los eslovenos por su emancipación lingüística y cultural consistió precisamente de la lucha contra el dominio germánico. De allí emana dicho conflicto de

“procesos” entrelazados y difícilmente distinguibles que tuvieron lugar durante la guerra, a los que podemos llamar ocupación, resistencia, revolución, contrarrevolución, guerra civil o colaboración. La legitimidad del movimiento de resistencia partisano fue contaminada por la violencia revolucionaria (bolchevique), que alcanzó su punto extremo con las matanzas masivas de oponentes políticos inmediatamente después del término de la guerra, mientras que la legitimidad de la resistencia contra la violencia revolucionaria y el origen del poder totalitario fue contaminada por la colaboración con el invasor. En la actualidad, es decir *retrospectivamente*, es posible discutir sobre este tema con principios y de manera categórica, pero detrás de un juicio general que apunte hacia la *culpa* colectiva de una u otra parte –o incluso de las dos–, implicadas en la guerra civil, se esconden numerosos destinos humanos concretos, dudas, contradicciones y errores trágicos. Y parece ser que, con su una auténtica explicitud sensorial y teniendo en cuenta la condición trágica de las historias individuales, sólo la literatura es capaz de hablar de una época tan compleja de la historia eslovena (o de cualquier historia), la literatura con sus *historias reales* de lo que –según Aristóteles, libremente– podría haber pasado a cada uno de nosotros, teniendo en cuenta la ley de la probabilidad y la ley de la necesidad, si hubiera estado emplazado en la dialéctica de los acontecimientos históricos de un tiempo y espacio concreto, en este caso, la Eslovenia de entre 1941 y 1945.

Dentro de este contexto es menester observar el destino de muchos exiliados eslovenos después de la guerra. Ese destino era más o menos específico pues también lo había sido su “éxodo”. Aquí se trata sobre todo de la experiencia con la muerte que marcó directa o indirectamente a la mayoría de los fugitivos eslovenos. No sólo durante de la guerra sino también –y, además, en su forma más drástica e inconcebible– después de la guerra. Me refiero sobre todo a las matanzas masivas (“liquidaciones”, según la jerga estalinista) de más de 14.000 oponentes políticos, fueran prisioneros de guerra, partidarios de las fuerzas eslovenas contrarrevolucionarias, o fueran civiles, que cometieron las autoridades comunistas en suelo esloveno durante las primeras semanas y meses después de la capitulación alemana. Ese crimen sigue siendo uno de los traumas eslovenos más grandes (entre las víctimas que hoy en

día siguen sin tener su propia tumba figura también uno de los hermanos de Simčič; el otro hermano pereció ya durante la guerra, en el bando contrarrevolucionario), sobre todo porque, en Eslovenia, la cuestión de dicho crimen y de su responsabilidad no está aún resuelta. En las décadas después de la Segunda Guerra Mundial, las matanzas masivas fueron temas tabú en Eslovenia, pero ya no es así en la actualidad, aunque no existe una disposición concreta a aclarar de manera integral este capítulo oscuro -el mayor crimen de la historia eslovena-, sea cual sea la opción política en el poder, “izquierda” o “derecha”.

En la historia de los refugiados eslovenos después de la Segunda Guerra Mundial no es algo menor el capítulo llamado “el milagro esloveno en Argentina”. ¿En qué consiste dicho milagro? Sobre todo en el hecho de que los emigrantes eslovenos, entre los cuales Zorko Simčič ejerció uno de los papeles más importantes, consiguieron crear una excelente red muy organizada de escuelas, instituciones culturales, periódicos y revistas. La instalación de eslovenos en Argentina tiene, sin embargo, una historia más larga. Varios centenares de familias eslovenas se mudaron allí a finales del siglo XIX; la segunda ola de eslovenos, bastante más numerosa, emigró a Argentina en los años veinte del siglo XX, se trataba de aproximadamente 25.000 personas que provenían sobre todo de la región del Litoral (la mayoría eran campesinos y obreros), de los lugares que después de la Primera Guerra Mundial habían pasado bajo el poder de Italia y más tarde fueron sometidos a la política fascista anti-eslovena. Éstos se instalaron en las Américas y también en otros continentes. La tercera ola de emigrantes se produjo después de la Segunda Guerra Mundial: se trataba de unos 15.000 fugitivos, emigrantes políticos, que lograron huir. En Argentina se refugiaron algo menos de 7.000 exiliados eslovenos, y entre ellos había aproximadamente una cuarta parte de personas con estudios universitarios. Según los datos del año 1969, los eslovenos en Argentina tenían 15 colegios a las que algo más de 700 alumnos acudían todos los sábados, existía también una escuela eslovena de enseñanza media, en una de las universidades de Buenos Aires incluso había un Departamento de Esloveno, y construyeron 12 Casas Culturales, etc. En las décadas de la postguerra, el círculo cultural esloveno de Buenos Aires atrajo a sus actividades a muchos autores eslovenos de otras partes del mundo (Estados Unidos, Japón,

Australia, Canadá, etc.); hubo un brote importante de revistas y producción literaria con todo lo que esto conlleva.

Si bien escribir literatura es una actividad individual, por otra parte también es verdad que sin este ambiente microcultural extraordinariamente activo –el enclave esloveno en el continente suramericano– no podría haber sido posible editar libros eslovenos, entre ellos, los de Simčič. Para los eslovenos, “la nación de los poetas”, tanto más siendo emigrantes, los libros eran uno de los pilares de la cultura *sustitutiva*, que se desarrollaba a varios miles de kilómetros de su país de origen. Sin embargo, es necesario tener cuidado a la hora de juzgar la obra de Simčič. Su escritura está muy lejos del tópico de cómo es la “literatura de la emigración”, por ejemplo en el sentido de ajustar cuentas con los oponentes ideológicos, los elogios a la belleza de la antigua patria o el regreso a la época anterior al exilio –y con frecuencia idealizada– que había terminado de manera irreversible, sometida al dictado cruel de la Historia. Si dejamos de lado el tiempo y el espacio en los que apareció novela de Simčič, ¿en qué, entonces, se asienta su particularidad y, no en menor grado, su agudeza? ¿Quién es, de hecho, *el hombre a ambos lados de la pared*?

* * *

La novela *El hombre a ambos lados de la pared*, que comienza en Buenos Aires, naturalmente no es una “novela de guerra”, ni tampoco un libro cuyo tema es la Guerra, la revolución o la guerra civil. No habla de *un hombre en guerra* sino de la *guerra en un hombre* durante la época de postguerra. La novela –su tiempo principal son los principios de los años cincuenta del siglo XX– habla de forma fragmentaria de la época entre 1941 y 1945 como de uno de los muchos capítulos de la biografía del protagonista. Y, es más, los años de la Guerra sirven más bien de fondo sobre el que se desarrolla un drama íntimo y existencial. Lo mismo ocurre con la época de postguerra, o sea, la época del exilio: sin duda, la ambición de Simčič no es ofrecer un fresco realista de la vida en el exilio, el autor renuncia a la dimensión épica; el lector *sabe y ve* tanto como *sabe y ve* el protagonista de la novela. En el centro de la atención del autor está, en realidad, la génesis del desdoblamiento del héroe, de sus búsquedas, de sus desconciertos y de sus titubeos, cuando, entre otras cosas,

tiene que elegir entre la mujer con la que está casado y la mujer que ama (que, además, pertenece al bando de ideología opuesta). O bien, dicho de otra forma, entre el eros libre por una parte y la fidelidad (matrimonial) por otra. La historia de este triángulo, transmitida a través de los ojos del protagonista anónimo, constituye de hecho el centro de la narración y, también, de los dilemas morales que se encuentran ante *el hombre a ambos lados de la pared*; él sabe que tiene que decidir, pero al mismo tiempo no se le ahorra saber de antemano que ninguna opción será completamente “correcta” y sin la sombra de la duda. De ahí mismo surgen sus problemas con la *realidad*, su pasividad y sus aplazamientos de decisiones, sus agudas cavilaciones, sus dilemas, intranquilidad, sensaciones de repulsión y desprecio de sí mismo, su distanciamiento de los *demás* y también *de sí mismo*. No *los otros* sino también *el yo* puede ser el infierno, si se completa la sentencia de Sartre.

Con este tipo de “solipsismos” –“De todas formas, me interesa cada vez menos todo lo que está fuera de mí. Por lo que tampoco quiero que los demás se interesen por mí”–, *el hombre a ambos lados de la pared* cuenta también la historia de un individuo que desea tener las cuentas claras consigo mismo con respecto a su propio *qué, cómo y a dónde*. Desea una catarsis pero no puede alcanzarla. Si bien la conclusión de la obra con su *fin abierto* –el hombre sin nombre ni hogar de nuevo emprende un camino– no excluye *la posibilidad* de tal catarsis y, por ende, de una vida más libre. Pero todo –como *posibilidad* y no como algo definitivo– está situado en el futuro de una historia personal y de sus imprevistos. Está claro que *la condición de extranjero* como tema destacado en la novela de Simčić no es sólo una especie de “categoría” geográfica. La condición de extranjero de su *hombre* no es sólo una consecuencia de vivir a la fuerza en *el extranjero*. Porque él ya había sido extranjero en *casa*. O como lo dice la novela de una forma más explícita, en uno de los monólogos interiores del “hombre a ambos lados de la pared” (y parafraseando al autor austriaco Franz Grillparzer): “Dos tierras extranjeras, pero ninguna patria...”. O, en otra parte, donde habla con la misma elocuencia de su presentimiento de que “ningún lugar del extranjero sería para él extranjero del todo, de la misma manera que cuando estaba en casa nunca estaba en casa del todo”.

Lo que sorprende en la obra de Simčić –en el ámbito de los exilios de los años cincuenta del Siglo XX resulta apenas

creíble- es sobre todo su expresa *modernidad*. La modernidad en comparación con los coetáneos escritores de la emigración y también, lo que aún más resalta a la vista, con los autores eslovenos residentes en su país de origen. Otro nombre para esta modernidad podría ser: *despego de la práctica tradicional*, de la ideologización en blanco y negro y también del horizonte de expectativas que -muchas veces por una especie de imperativo- ha creado el contingente esloveno de emigrantes en Argentina y en otras partes del mundo. La narrativa de Simčič, su acentuado *individualismo*, se encuentra lejos, obviamente, también del horizonte de expectativas que estableció la política cultural de partido en Eslovenia durante los primeros años después de la Guerra: la poética dominante del momento era el realismo social y, más o menos hasta el año 1950, el realismo socialista. También por el año de su aparición y por el desarrollo de la prosa eslovena “matriz” de entonces, la novela -repito: *moderna*- de Simčič se merece aún más atención. Al mismo tiempo, no se trata de un texto que puede guardarse en un cajón de la historia literaria, sino de una literatura *viva* que se rebela al archivo históricoliterario desde la primera hasta la última página.

En el primer plano de *El hombre a ambos lados de la pared* hay un individuo cuya condición de ser esloveno ni siquiera resulta tan importante. Él pertenece, pues, al ejército de refugiados que después de la Guerra terminaron diseminados por todo el mundo. El héroe de Simčič (mejor dicho: el antihéroe) es, si puedo repetirme, ante todo *extranjero*, su condición de extranjero es la dimensión existencial fundamental que explaya la novela: “Y sigo siendo un extranjero para mí y aún hoy día no sé dónde estoy...”. Con la diferencia de que ser extranjero en la emigración ya no es sólo un sentimiento existencial universal sino que adquiere una base históricamente concreta.

El protagonista de la novela no crea ningún “capital moral” especial fundamentado en su fuga o emigración forzada, no condena a nadie, no trata de ajustar las cuentas ideológicas con nadie, por ejemplo con los vencedores en su país de origen. Es más: el héroe relativiza cualquier imagen en blanco y negro, también la que se establece entre *los suyos*, es decir entre la comunidad de emigrantes en Argentina. No calla ni tampoco reniega de su postura con respecto a los acontecimientos

durante la Guerra, es obvio que estaba –en la medida en que le era posible, tal como es– a favor del bando contrarrevolucionario, sin embargo (de lo contrario no sería *el hombre a ambos lados de la pared*), el transcurrir histórico en sí permanece para él en muchos aspectos algo indefinido, incierto. Como si sobre la historia y sobre su curso y sobre, al fin y al cabo, su (sin)sentido no fuera posible contar una verdad única. Cuando contempla las relaciones dentro de Eslovenia durante la Guerra, apunta por ejemplo lo siguiente: “Cada cual cree que sabe para qué lucha o qué defiende, pero sólo al cabo de los siglos se verá lo que ha pasado en realidad... Pero sólo los rojos [los comunistas] saben, lo saben ya, que, en realidad, no se trata de lo que dicen”.

La estrategia narrativa de Simčič parte de la base de que el protagonista de su novela considera a sí mismo, al mundo, y a la historia sobre todo, como grandes incógnitas. Más que la verdad histórica, la verdad sobre la guerra civil y la revolución, por las cuales tuvo que huir, el protagonista busca la verdad sobre sí mismo: sea en las selvas de América Latina, en las calles de Trieste –ciudad italiana fronteriza adonde fueron a parar numerosos fugitivos eslovenos–, sea en Buenos Aires. En alguna parte de la novela dice de forma explícita: “Como si uno pudiese dejar de ser un refugiado”. Pero su huida –y ésta es una de las dimensiones esenciales de la novela– no sólo es una huida ante la historia, sino sobre todo una fuga ante sí mismo, ante las decisiones que debería tomar. No le queda otra alternativa que insistir en su desdoblamiento, sin situarse, con respecto a sus decisiones íntimas, a uno u otro lado de la pared que separa su *vieja* vida de una potencialmente *nueva*.

Dicho esto, no es difícil estar de acuerdo con los historiadores literarios contemporáneos en que el *hombre* de Simčič nos recuerda a los “héroes” que ya conocemos de los grandes textos de la literatura existencial, sobre todo de *El extranjero* de Camus, de algunas novelas de Sartre o de los textos posteriores de los autores de la prosa eslovena moderna, como los llamados clásicos modernos Dominik Smole (1929-1992) y Lojze Kovačič (1928-2004). La expulsión de su país es, en caso de Simčič, una gran metáfora de la condición extranjera, de este rasgo fundamental de los héroes existencialistas.

Volviendo a la tradición literaria eslovena, *la condición de lo extranjero*, en el sentido más amplio de la palabra, aparece como

uno de los núcleos temáticos ya en la obra literaria del escritor y dramaturgo Ivan Cankar (1876-1918) y del poeta romántico France Prešeren (1800- 1849), autor central del canon literario esloveno. El argumento de la novela de Simčič agudiza y radicaliza la condición de extranjero en sí. Y de tal forma que sobre la base de una historia de vida concreta narra una historia de expatriación como destino universal del hombre moderno. Y su fuga, así como cualquier otra fuga, es al mismo tiempo una búsqueda. Digamos que esta búsqueda es la búsqueda de la patria perdida, tanto geográfica como espiritual. La lucha por reconocer la patria es también la lucha por el autorreconocimiento, el intento de situarse a sí mismo y a su mundo en un lugar adecuado, reconciliarse con el pasado, arreglar la relación con *el prójimo* y *consigo mismo* y, después, vivir el presente plenamente *-convertir lo siempre desconocido en lo más o menos conocido-*. Pero para la existencia fugitiva *del hombre a ambos lados de la pared* esto supone, ya en su inicio, una tarea que linda con lo imposible. Es necesario añadir que en la novela de Simčič hay numerosos rasgos estructurales modernistas, sobre todo el flujo de conciencia y el monólogo interior, que reemplazan la narración, el diálogo y el argumento tradicionales. Con maestría, el autor combina distintos niveles temporales y geográficos y el final de la novela queda abierto, pues no puede ser de otra forma teniendo en cuenta la trama del texto y la psicología del héroe. El *hombre* de Simčič *-es una imagen bastante significativa-* emprende otra vez un camino, un camino hacia lo desconocido, poniéndose a prueba a sí mismo y sus decisiones. Como si *el hombre a ambos lados de la pared* no pudiera instalarse ni a uno ni al otro lado.

* * *

El tema del destino *abierto* de un refugiado o, en el sentido más general, del destino *humano* ha experimentado una continuación singular y una reflexión profunda varias décadas más tarde en *Los últimos décimos hermanos*, la novela más reciente de Simčič (2012). Con toda la razón, este extenso texto es considerado la obra de la vida del autor. Como si con ella quisiera responder a las preguntas y a los dilemas que conforman el núcleo de problemas de una situación vital referida de un modo tan intransigente en *El hombre a ambos lados de la pared*. La última novela de Simčič está compuesta como un

mosaico, de manera polifónica con respecto al tiempo y al espacio de la acción, con numerosas inserciones narrativas y pasajes variados. El autor ha emplazado un *colectivo* de sus veintiún (!) héroes –uno de ellos naturalmente también podría ser *el hombre a ambos lados de la pared*– en distintos espacios geográficos, desde Trieste hasta Buenos Aires, desde Tokio hasta Toronto y en otros lugares. El denominador común de las *personas desplazadas* de Simčič es el destino de haber nacido como el décimo hijo, tal y como lo conocemos en las tradiciones populares eslovenas.

En la cuestión relativa a lo “décimo”, al “décimo hermano”, a la “décima hermana”, etc., es necesario hacer una breve explicación. Se trata de uno de los mitos eslovenos que, sin embargo, tiene su origen en la antigua mitología irlandesa (celta). Cada décimo ser y, en última instancia, también el décimo hijo o la décima hija de una familia –se trata de una ofrenda a la diosa del Destino (para los celtas, *Deachma*)– debe partir de casa y errar por el ancho y extraño mundo durante el resto de sus días. Sobre todo para que no le pase nada grave al linaje; es una forma de redimirse del Destino además de ser una forma de pago por las transgresiones pasadas, de expiación. Es interesante, no obstante, que entre los vecinos de los eslovenos –alemanes e italianos– apenas hay rastro de este mito y que en ninguna otra parte ha cobrado vida en forma literaria de una manera tan fuerte como entre los eslovenos. En los últimos dos siglos, casi no hay narrador o poeta esloveno que no haya tocado el motivo del “décimo hermano” o de la “décima hermana”. Hasta en los comentarios periodísticos sobre los acontecimientos del día, no pocas veces encontramos la referencia al décimo hermano. Aunque sólo sea como metáfora poética.

Pero la particularidad de Simčič es que desarrolla y examina profundamente la universalidad del *relato* sobre el décimo hermano, o sea, sobre “lo décimo” relacionado con el décimo hermano actual ante todo a nivel filosófico-teológico. Es una de las dimensiones esenciales de la novela *Los últimos décimos hermanos*: se trata, pues, de la cuestión del *sentido* de la vida en exilio. El tema de lo décimo es el hilo rojo de la novela, ya que lo encontramos a lo largo de toda la obra. También, y no en último lugar, vinculado a Cristo que, en una palabra, adoptó el sufrimiento de los demás. En este sentido es posible hablar de lo décimo como, utilizando el vocabulario de Simčič, de

“una compensación a los demás”. No se trata de una fórmula que supere la duda, sino sobre todo -pese a toda la incertidumbre e incomprensibilidad- de una postura de esperanza y amor, y de la práctica de la vida que surge de ella. Y, otra vez, de preguntas sin respuestas definitivas.

La gama de las distintas situaciones de lo décimo, tal y como las encontramos en cada uno de los *últimos décimos hermanos* (y, en parte, también en el protagonista de la novela *El hombre a ambos lados de la pared*), se extiende desde la esperanza hasta la desesperanza; desde la gratitud por la vida, cualquiera que sea, hasta las vueltas imprevisibles o, incluso, absurdas y, también, hasta el escepticismo extremo, fruto del conocimiento de que, tal y como se afirma en la novela, “pensar que hemos tenido que abandonar nuestro hogar por orden del Destino puede ser absurdo”. Es posible entender la idea de lo décimo a este nivel también como un sacrificio reconciliador concreto, pero no destinado al altar de la historia o de la patria, sino como una salvación, tal como es únicamente posible, por medio de una víctima gratuita y de su amor por nada que es el amor por todo.

La novela *Los últimos décimos hermanos* ilumina el destino de sus protagonistas también desde la perspectiva extratemporal, a la luz de nuevos enfoques de la problemática del exilio actualizada en el contexto de las duras pruebas históricas de los eslovenos en el siglo XX. Dicha problemática, emplazada en el centro del mundo narrativo de Simčič, puede resumirse de modo conciso con las siguientes palabras: *salvación, perdón, reconciliación, misterio de la historia, sentido de la vida*. A la luz de lo dicho hay que concluir que la novela de Simčič *Los últimos décimos hermanos* ofrece una respuesta a la pregunta que hace unas décadas planteó de forma osada -y aún hoy sorprendentemente actual- su obra *El hombre a ambos lados de la pared*, una de las primeras novelas eslovenas modernas. Así, *Los últimos décimos hermanos*, gran novela de la literatura eslovena posmoderna del siglo XXI, es una especie de continuación lógica de *El hombre a ambos lados de la pared*. Esperemos que también la novela *Los últimos décimos hermanos* sea pronto accesible al lector extranjero. Y que ese lector ya no sea un “lector al otro lado de la pared”.

El narrador, dramaturgo y ensayista **Zorko Simčič** nació en 1921 en Maribor. Allí empezó sus estudios de pedagogía, pero a partir de 1941, el año de ocupación alemana, los continuó y terminó en Ljubljana, ocupada por las fuerzas italianas. Abandonó esta ciudad el 3 de mayo de 1945 para refugiarse en la Carintia austríaca y después en Italia. En 1948 emigró a Argentina donde siguió los estudios de antropología filosófica, participando en cursos de diferentes institutos, especialmente en el Instituto de Cultura Hispánica entre años 1980 y 1993. Llegó a ser uno de los iniciadores y organizadores más importantes de la vida cultural eslovena. Fue cofundador de la asociación llamada Slovenska kulturna akcija (Acción Cultural Eslovena) y durante doce años fue también editor de la revista cultural de emigrantes más importante: Entresiglo (*Meddobje*). Volvió a su patria en 1994, después de la independencia de Eslovenia (en 1991).

Zorko Simčič empezó a escribir en la época de su enseñanza secundaria. Escribía teatro y colaboraba con distintas revistas; en 1943 salió su primera obra, la novela *El despertar (Prebujenje)*, por la cual recibió el Premio Prešeren de literatura de la ciudad de Ljubljana. Un año más tarde también vio la luz una recopilación de textos satíricos y humorísticos *La tragedia del siglo (Tragedija stoletja)*.

Es difícil abordar en pocas frases la creatividad polifacética y fructífera de Zorko Simčič en el exilio y más tarde de regreso a su patria; numerosas ediciones de libros de ensayo, relato breve, teatro y poesía dan fe de ella, entre ellos algunos traducidos y algunos reeditados varias veces. Después del regreso del autor a su patria, distintas editoriales eslovenas editaron casi toda su obra publicada en el exilio, así como sus obras nuevas. Entre ellas hay que destacar la novela *El hombre a ambos lados de la pared (Človek na obeh straneh stene)*, el misterio *La juventud de fin temprano (Zgodaj dopolnjena mladost)*, la tragedia *Agosto, el mes más largo (Tako dolgi mesec avgust)*, obra escrita en castellano y después traducida por el autor al

esloveno), la obra de teatro La juventud de fin temprano (*Zgodaj dopolnjena mladost*), su correspondencia con el poeta y dramaturgo Stanko Majcen que salió en forma de libro Los encuentros con Majcen (*Srečanja z Majcnom*) y la novela Los últimos decimos hermanos (*Poslednji deseti bratje*).

Zorko Simčič ha sido galardonado con numerosos premios prestigiosos y es miembro de la Academia Eslovena de Artes y Ciencias.

Matevž Kos (Ljubljana, 1966) es historiador literario, crítico literario, ensayista y editor. Se licenció en literatura comparada y teoría literaria y en filosofía. En 2001, se doctoró en la Facultad de Filosofía y Letras en Ljubljana, donde ahora es catedrático en el Departamento de literatura comparada y teoría literaria. Por su primer libro *Orgullo y prejuicio* (1996) recibió el premio de Marjan Rožanc, galardón destinado al mejor libro de ensayos del año, y por su monografía *Experimentos con Nietzsche* (2003) el reconocimiento nacional a logros científicos importantes. Es autor de seis libros, numerosos discursos, ensayos y críticas literarias, ha editado y comentado también antologías (Veno Taufer, Srečko Kosovel, Milan Dekleva, Friederich Nietzsche, poesía joven eslovena, *The Slovenian Essay of the Nineties*). Para las actas internacionales *Postcommunism, Postmodernism, and the Global Imagination* (East European Monographs, Columbia University Press; ed. Ch. Moraru), publicado en 2009, escribió el discurso *The Anxiety of Freedom: Contemporary Slovenian Literature and the Globalizing/Postmodern World*.

Marjeta Drobnič (1966) es traductora de textos literarios del español al esloveno y del esloveno al español. Ha traducido obras de Javier Marías, Bernardo Atxaga, Juan Manuel de Prada, Fernando Savater, Jorge Luis Borges, Carmen Martín Gaité, Andrés Neuman, Andrej Blatnik, Alojz Ihan, Drago Jančar y Brane Mozetič. En la colección *Litterae Slovenicae* ha participado en la edición *Tres obras de teatro* (2012), con su traducción de las obras de teatro de Evald Flisar. Colabora con los traductores y autores españoles Matías Escalera Cordero y Francisco Javier Úriz.